



ATAHUALPA

ALAHUALLPA, ATABALIVA Ó ATABALIPA

ULTIMO inca del Perú, hijo de Huayna Capac y de la hija del último señor de Quito, cuyo reino había conquistado Huayna Capac. Nació Atahualpa, en Quito, y desde su infancia le mostró á su padre tan gran cariño, que contraviniendo á los usos de la monarquía, quiso á su muerte dividir el imperio entre él y Huascar su legítimo heredero, dando á éste el reino del Perú, y reservando á Atahualpa el de Quito, al que á la verdad tenía cierto derecho por parte de madre. Las consecuencias de un paso tan impolítico no podían dejar de manifestarse, aunque durante 5 años reinaron en paz ambos hermanos, cada uno en la parte que le correspondía; pero los adu

ladores y malos consejeros consiguieron al cabo desavenirlos. No se sabe á punto fijo quién fué el primero en turbar la armonía, ni cual fué el primer paso que la destruyó; pero en la posición en que ambos hermanos se hallaban, bastaría el incidente más insignificante para encender el fuego de la discordia. Rompiéronse las hostilidades, y aunque al principio el resultado fué poco favorable á Atahualpa, logró al fin derrotar las tropas de su hermano en Ambato, causándoles grande pérdida. Una segunda batalla en Quipaypar decidió de la suerte del imperio: Huascar fué completamente derrotado, quedó prisionero, y su capital (el Cuzco,) abrió las puertas al vencedor. Ciñóse Atahualpa la borla colorada ó diadema de los Incas, y aunque se le atribuyen por algún historiador crueldades horribles cometidas en la familia del vencido, que era al fin la suya propia, parece que por fortuna podemos excusarnos de darle crédito, á lo menos en la mayor parte.—Gobernaba Atahualpa sin obstáculo, y era obedecido en la inmensa extensión del imperio peruano, cuando el arribo de un puñado de extranjeros vino á demostrarle cuán débiles eran los cimientos de su prosperidad, y cuán falaces y perecederas todas las glorias mundanas. La llegada de los es-

pañoles al Perú en 1532, fue la señal de la caída de Atahualpa. Vencido por la influencia de una tradición semejante á la que existía en el imperio mexicano, vió en la venida de aquellos extranjeros la señal de la ruina de su monarquía, predicha mucho tiempo antes por los oráculos, y sin fuerzas para luchar con el destino, en vez de emplear su poder para oponerse como le hubiera sido fácil á la primera invasión de un puñado de extranjeros, prefirió seguir como Moctezuma, una política tímida y temporizadora, enviando embajadas y presentes, mientras el enemigo cobraba nuevas fuerzas y se internaba en sus dominios. Otros dicen que el corto número de los españoles hizo que los mirase con desprecio, y los dejase avanzar, para tener el gusto de ver aquellos maravillosos extranjeros, seguro de poderlos destruir cuando le pareciese conveniente. Lo cierto es que, llegados los españoles sin tropiezo á Cajamalca, fué Atahualpa á visitarlos en persona; pero Pizarro, por una negra traición, que ha echado una mancha indeleble en los anales de las conquistas de los españoles en el Nuevo Mundo, le preparaba un recibimiento muy diferente del que debía esperar. Todo estaba dispuesto de antemano, y apenas entró Atahualpa, con gran

pompa, seguido de una numerosa comitiva, en la plaza del pueblo, que era un cuadro rodeado de edificios, cuando se le presentó el capellán de los españoles, Fr. Vicente de Valverde, y con un estudiado discurso, de que no comprendió una palabra el monarca peruano, trató de persuadirle que se declarase tributario del emperador Carlos V. Esto sí lo comprendió perfectamente el Inca, y respondió con una orgullosa y justa negativa, preguntando luego á Fr. Vicente, con qué autoridad decía aquellas cosas. El fraile le señaló el libro que tenía en la mano, y parece era una Biblia. Tomólo Atahualpa, volvió algunas hojas, y en seguida le arrojó al suelo lleno de cólera, pidiendo con altivez satisfacción del insulto recibido. Dióse entonces la señal: los españoles saliendo de pronto de los aposentos en que estaban escondidos, acometieron á aquella multitud indefensa, y comenzaron en ella una horrorosa carnicería. Cogidos de sorpresa y sin armas, los peruanos sólo pensaron en la fuga; pero ésta era imposible, porque la entrada de la plaza estaba obstruída con los cadáveres de los primeros que intentaron huir. Un grupo de indios cargó con tal fuerza, que derribó un lienzo de pared y abrió puerta para la fuga, pero la caballería siguió el alcance y la tierra se cu-

brió de cadáveres. Alrededor del Inca continuaba el combate: sus fieles servidores le cubrían con sus cuerpos y los españoles no podían lograr su prisión: la noche se acercaba y pensaron en matarle para poner término á la resistencia, pero Pizarro prohibió que se le hiciese el menor mal, llegando el caso de que por parar un golpe dirigido al monarca, recibiese una herida en la mano, única herida recibida por español durante todo aquel estrago. Al fin, muertos casi todos los nobles que le defendían, cayó Atahualpa en poder de los españoles, los que á los principios le trataron con los miramientos debidos á su alto rango. Deseoso Atahualpa de recobrar su libertad, prometió al general español en cambio de ella, que llenaría de oro el aposento en que estaba preso hasta la mayor altura que pudo señalar con la mano poniéndose de puntillas. Por el cómputo más moderado se cree que el aposento tenía 22 pies de largo, 17 de ancho, y que la señal de Atahualpa estaba á 9 pies del suelo. Admitida la propuesta, despachó el inca mensajeros á todas partes y diariamente iban llegando las piezas de oro que se colocaban en seguida en el aposento.—Mientras se recogía el oro, Huascar, que aun continuaba preso, tentaba toda clase de medios para lograr su libertad ha-

ciendo diversas ofertas al capitán español. Sabedor Atahualpa de esto y de que Pizarro pensaba llamar á Huascar á Cajamarca para decidir por sí la cuestión entre ambos hermanos sobre la sucesión al trono, dió órdenes secretas para que se le quitase la vida á Huascar, y así se ejecutó ahogándole en el río de Andamarca.

Seguíase reuniendo el oro, y llegaba en tanta cantidad, que los españoles, que al principio habían creído una locura la promesa del Inca, comenzaban á temer que la cumpliera, en cuyo caso se verían precisados á devolverle su libertad. Excitada además su codicia con la vista de aquel rico tesoro, y temerosos de perderlo, instaron vivamente para que se repartiese lo ya reunido sin esperar el resto. Condescendió Pizarro con sus deseos, y hecho el reconocimiento respectivo, se halló una suma de oro y plata (muy poco de esta última) que, según el cálculo de un historiador moderno, representaría hoy el valor de diez y seis millones de pesos.— Repartido el rescate Atahualpa era sólo un estorbo para los españoles. En buena ley debieron darle libertad, pero en nada pensaba menos Pizarro, aunque tampoco podía resolverse, á matarle á sangre fría. No faltaron pronto rumores, según todas las apariencias infundados,

de alzamiento de los indígenas con noticia y acuerdo de Atahualpa. Los soldados, apoyados por los oficiales reales, comenzaron á pedir su muerte; y aunque Pizarro fingía oponerse á su demanda, prestó el cabo su consentimiento sin aguardar siquiera el regreso de una partida que había salido á cerciorarse de si era cierto el alzamiento que se suponía. Obtenido el consentimiento de Pizarro, se formó al Inca para salvar las apariencias, un proceso ridículo, que vino á reducirse á una simple cuestión de conveniencia; y aunque no faltaron corazones rectos que protestasen en favor del desgraciado príncipe, la muchedumbre ahogó su voz, y la sentencia de muerte quedó aprobada. El 29 de Agosto de 1533, después de anochecido, salió Atahualpa cargado de cadenas: iba á su lado el P. Valverde consolándole y tratando de convertirle; pero Atahualpa se manifestaba siempre opuesto á abandonar su religión. El dominico hizo su último esfuerzo, y cuando Atahualpa se hallaba ya en el poste fatal y rodeado de la leña que había de consumirle, le rogó que abrazase la religión cristiana, ofreciéndole que si así lo hacía, se le conmutaría la cruel muerte que le aguardaba en otra más suave por medio de "garrote." Cerciorado el misero monarca de la verdad de lo que de-

cia el fraile, consintió en renunciar su religión y recibir el bautismo, que le administró el P. Valverde, poniéndole el nombre de Juan. Concluida la ceremonia, y habiendo encomendado sus hijos al cuidado de Pi zarro, se entregó en manos del verdugo, mientras que los españoles rezaban el "credo" por el descanso de su alma. Así pereció como un milhechor el último de los Incas.



D. LUIS MARTINEZ DE CASTRO.

EXTRAÑO parecerá á muchos que en obra de esta naturaleza descabida al artículo de una persona cuya vida corrió tranquila en el seno de su familia, y pudiera considerarse como ajena de interés para la generalidad del público; mas á los que de tal modo piensan daremos por respuesta las mismas palabras del Sr. Ortega (E. M.) en la sentida biografía de este malogrado joven que publicó en el *Año nuevo* de 1848. "Me he preguntado á mí mismo, dice, si una vida sin ostentación, pasada en la tranquilidad del hogar doméstico y en las uniformes tareas de la situación en que lo había colocado la Providencia prestaba materia de que se debiese ocupar al público. Los sentimientos de mi corazón han hablado más alto que todas las objeciones, y